



III PA 7297

F 37

PERIQUILLO SARNIENTO

BIBLIOTECA

....Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa mas que hacer crítica y examen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL, en su prólogo de la
Barca de Aqueronte.

VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

ESCRITA POR ÉL

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO I.

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el Dr. Purgante, lo que aprendió á su lado, el robo que le hizo, su fuga y las aventuras que le pasaron en Tula donde se fingió médico.

Ninguno «diga quién es, que sus obras lo dirán.» Este proloquio es tan antiguo como cierto; todo el mundo está convencido de su infalibilidad; y así ¿qué tengo yo que ponderar mis malos procederes cuando con referirlos se ponderan? Lo que apeteciera, hijos míos, sería que no leyerais mi vi-

da como quien lee una novela, sino que paráis la consideracion mas allá de la cáscara de los hechos, advirtiendo los tristes resultados de la holgazaneria, inutilidad, inconstancia y demás vicios que me afectaron; haciendo análisis de los extraviados sucesos de mi vida, indagando sus causas, temiendo sus consecuencias, y desechando los errores vulgares que veis adoptados por mí y por otros; empapandoc en las sódidas máximas de la sana y cristiana moral que os presenten á la vista mis reflexiones, y en una palabra, desearia que penetrárais en todas sus partes la sustancia de la obra: que os divirtiérais con lo ridiculo: que conociérais el error y el abuso para no imitar el uno ni abrazar el otro, y que donde hallárais algún hecho virtuoso os enamorárais de su dulce fuerza y procurárais imitarlo. Esto es deciros, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida, sacárais tres frutos, dos principales, y uno accesorio. Amor á la virtud, aborrecimiento al vicio y diversion. Este es mi deseo, y por esto, mas que por otra cosa, me tomó la molestia de escribiros mis mas escondidos crímenes y defectos; si no lo consiguiere, moriré al menos con el consuelo de que mis intenciones son laudables. Basta de digresiones, que está el papel caro.

Quedamos en que fui a ver al Dr. Purgante, y en efecto lo hallé una tarde despues de siesta en su estudio sentado en una silla poltrona con un libro delante y la caja de polvos á un lado. Era este sugeto alto, flaco de cara y piernas, y abultado de panza, trigueño y muy cejudo, ojos verdes, nariz de caballete, boca grande y despoblada

de dientes, calvo, por cuya razon usaba en la calle peluquin con bucles. Su vestido cuando lo fui á ver era una bata hasta los piés, de aquellas que llamaban de quimones, llena de flores y ramage, y un gran birrete muy tieso de almidon y relumbroso de la plancha.

Luégo que entré me conoció y me dijo: ¡oh Periquillo, hijo! ¡por qué extraños horizontes has venido á visitar este tuguio? No me hizo fuerza su estilo porque ya sabia yo que era muy pedante, y así le iba á relatar mi aventura con intencion de mentir en lo que me pareciera; pero el Dr. me interrumpió diciéndome: ya, ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo el farmacéntico. En efecto, Perico, tú ibas á despachar en un instante al pacato paciente del lecho al féretro improvisamente, con el trueque del arsénico por la magnesia. Es cierto que tu mano trémula y atolodrada tuvo mucha parte de la culpa, mas no la tiene menos tu preceptor el «farmaco,» y todo fué por seguir su capricho. Yo le documenté que todas estas drogas nocivas y «venenáticas,» las encubriera bajo una llave bien segura que solo tuviera el oficial mas diestro, y con esta asidua diligencia se evitarian estos equívocos mortales; pero á pesar de mis insinuaciones, no me respondia mas sino que eso era particularizarse: é ir contra la secuela de los «farmacos,» sin advertir [1] «que es propio del sabio

1 Para inteligencia de algunos lectores pareció conveniente poner en castellano los latinajos que ensarta el doctor, como otros que se hallan esparcidos en toda la obra; y se han intercalado en ella las traducciones evitando la fastidiosa aglomeracion de notas

mudar de padecer, «*sapientis est mutare consilium*» y que «la costumbre es otra naturaleza» *consuetudo est altera natura*. Allá se lo haya. Pero dime ¿qué te has hecho tanto tiempo? Porque si no han fallado las noticias que en alas de la fama han penetrado mis *aurículas*, ya días hace que te lanzaste á la calle de la oficina de Es:ulapio.

Es verdad, señor, le dije; pero no habia venido de vergüenza, y me ha pesado porque en estos dias he vendido para comer, mi capote, chupa y pañuelo. ¡Qué estulticia! exclamó el doctor: la *verecundia* es «muy buena» *optime bona* cuando la origina crimen de *cogitato*; mas no cuando se comete *involuntariè*, pues si en aquel *hic et nunc*, «esto es, en aquel acto» supiera el individuo que hacia mal, *absque dubio*, (sin duda) se abstendría de cometerlo. En fin, hijo carísimo, ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum* «para siempre!» Si señor, le respondí.—Pues bien. En esta *domo* (casa) tendrás «desde luègo, ó en primer lugar» *in primis* el *panem nostrum quotidianum*, «el pan de cada día: á más de esto,» *aliunde*, lo potable necesario: *tertiò*, la cama *sic vel sic*, «segun se proporcione:» *quartiò* los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física: *quintiò*, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedes, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta y con la observancia de las seis cosas naturales, y de las seis no natu-

y llamadas que interrumpirian su lectura. Esta advertencia es aquí necesaria para que no se estrañe en la página siguiente que diga Periquillo que no entendió muchos de estos terminotes.—E.

rales prescritas por los hombres mas luminosos de la facultad médica: *sectò*, beberás la ciencia de Apolo *ex ore meo, ex visu tuo* y *ex bibliotheca nostra*, «da mi boca, de tu vista y de esta librería: por último» *postremò*, contarán cada mes para tus *surrupios* ó para *quodcumque vellis*, «esto es, para tus cigarros ó lo que se te antoje,» quinientos cuarenta y cuatro maravedis limpios de polvo y paja, siendo tu obligacion solamente hacer los mandamientos de la señora mi hermana, observar *modo naturalistarum*, «al modo de los naturalistas,» cuando estén las aves *gallinaceas* para *oviparar* y recoger los *albos* huevos, ó por mejor decir, los pollos «por ser,» ó *in fieri*: servir las viandas á la mesa, y finalmente, y lo que mas te encargo, cuidar de la refaccion ordinaria y *puridad* de mi mula, á quien deberán atender y servir con mas prolijidad que á mi persona.

He aquí ¡ó caro Perico! todas tus obligaciones y comodidades en *sinopsim*, «ó compendio.» Yo cuando te invité con mi pobre *tugurio* y consorcio, tenia el deliberado ánimo de poner un laboratorio de química y botánica; pero los continuos desembolsos que he sufrido me han reducido «á la pobreza» *ad inopiam*, y me han frustrado mis primordiales designios; sin embargo, te cumplo la palabra de admision, y tus servicios los retribuiré justamente, porque *dignus est operarius mercede sua*. «El que trabaja es digno de la paga.»

Yo, aunque muchos terminotes no entendí, conocí que me queria para criado entre de escalera abajo y de arriba: advertí que mi trabajo no era

demasiado; que la conveniencia no podía ser mejor, y que yo estaba en el caso de admitir cosa menos, pero no podía comprender á quanto llegaba mi salario; por lo que le pregunté, que por fin ¿cuánto ganaba cada mes? A lo que el doctor, como enfadándose me respondió: ¡ya no te dije *claris verbis*, «con claridad,» que disfrutarías quinientos cuarenta y cuatro maravedís? Pero señor, insté yo, ¿cuanto montan en dinero efectivo quinientos cuarenta y cuatro maravedís? Porque á mí me parece que no merece mi trabajo tanto dinero. Si merece *stultissime famule*, «mozo estupidísimo,» pues no importan esos centenares más que dos pesos.

Pues bien, señor doctor, le dije, no es menester incomodarse: ya sé que tengo dos pesos de salario, y me doy por muy contento solo por estar en compañía de un caballero tan «sapien» como vd., de quien sacaré mas provecho con sus lecciones que no con los polvos y mantecas de D. Nicola.

Y como que sí, dijo el señor Purgante, pues yo te abriré como te apliques, los palacios de Minerva, y será esto premio superabundante á tus servicios, pues solo con mi doctrina, conservarás tu salud luengos años, y acaso, asaso te contraerás algunos intereses y estimaciones.

Quedamos corrientes desde ese instante, y comencé á cuidar de lisongearlo igualmente que á su señora hermana, que era una vieja beata, Rosa, tan ridícula como mi amo, y aunque yo quisiera lisongear á Manuelita que era una muchachilla de catorce años, sobrina de los dos y bonita

como una plata, no podía, porque la vieja condenada la cuidaba mas que si fuera de oro, y muy bien hecho.

Siete ú ocho meses permanecí con mi viejo, cumpliendo con mis obligaciones perfectamente, esto es, sirviendo la mesa, mirando cuando ponian las gallinas, cuidando la mula y haciendo los mandados. La vieja y el hermano me tenian por un santo, porque en las horas que no tenia que hacer me estaba en el estudio, segun las sólitias concedidas, mirando las estampas anatómicas del Porras, del Willis y otras, y entreteniéndome de cuando en cuando con leer los aforismos de Hipócrates, algo de Boherave y de Wansvieten: el Etmulero, el Tissot, el Buchan, el tratado de Tabardillos por Amar, el compendio anatómico de «Juan de Dios López;» la cirujía de La Faye, el Lázaro Riverio y otros libros antiguos y modernos, segun me venia la gana de sacarlos de los estantes.

Esto, las observaciones que yo hacia de los remedios que mi amo recetaba á los enfermos pobres que iban á verlo á su casa, que siempre eran á poco mas ó menos, pues llevaba como regla el trillado refran de como te pagan vas, y las lecciones bervales que me daba, me hicieron creer que yo ya sabia medicina, y un dia que me riñó ásperamente y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar á la mula, prometí vengarme de él y mudar de fortuna de una vez.

Con esta resolucíon esa misma noche le di á la doña mula racion doble de maiz y de cebada, y cuando estaba toda la casa en lo mas pesado de

su sueño, la ensillé con todos sus arneses, sin olvidarme de la gualdrapa: hice un lic en el que escondí catorce libros; unos trunco, otros en latin y otros en castellano; porque yo pensaba que á los médicos y á los abogados los suelen acreditar los muchos libros, aunque no sirvan ó no los entiendan: guardé en el dicho maletón la capa de golilla y la golilla misma de mi amo, juntamente con una peluca vieja de pita, un formulario de recetas, y lo mas importante, sus títulos de bachiller en medicina y la carta de exámen, cuyos documentos los hice míos á favor de una navajita y un poquito de limon con lo que raspé y borré lo bastante para mudar los nombres y las fechas.

No se me olvidó habilitarme de monedas, pues aunque todo el tiempo que estuve en la casa no me habian pagado nada de salario, yo sabia donde tenia la señora hermana una alcancia en la que reunia lo que cercenaba del gasto; y acordándome de aquello de quien roba al ladron, etc., le robé la alcancia diestramente: la abrí y vi con la mayor complacencia que tenia muy cerca de cuarenta duros, aunque para hacerlos caer por la estrecha rendija de la alcancia los puso blandos.

Con este viático tan competente emprendí mi salida de la casa á las cuatro de la mañana, cerrando el zaguán y dejándoles la llave por debajo de la puerta.

A las cinco ó seis del dia me entré en un meson, diciendo que en el que estaba habia tenido una mohina la noche anterior y que queria mudar de posada.

Como pagaba bién, se me atendia puntualmente. Hice traer café, y que se pusiera la mula en caballeriza para que almorzara harto.

En todo el dia no salí del cuarto, pensando á qué pueblo dirigiria mi marcha y con quien, pues ni yo sabia caminos ni pueblos ni era decente aparecerse un médico sin equipage ni mozo.

En estas dudas dió la una del dia, hora en que me subieron de comer, y en esta diligencia estaba, cuando se acercó á la puerta un muchacho á pedir por Dios un bocadito.

Al punto que lo vi y lo oí, como í que era Andrés el aprendiz de casa de D. Agustin, muchacho, no sé si lo he dicho, como de catorce años, pero como de estatura de diez y ocho. Luego, luego lo hice entrar, y á pocas vueltas de la conversacion me conoció, y le conté como era médico, y trataba de irme á algun pueblecillo á buscar fortuna, porque en México habia más médicos que enfermos; pero que me detenia carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algun pueblo donde no hubiera médico.

El pobre muchacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía: que él habia ido á Tepeji del Rio en donde no habia médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iriamos á Tula que era pueblo más grande.

Me agradó mucho el desembarazo de Andrés, y habiéndole mandado subir que comer, comió el pobre con bastante apetencia, y me contó como se estava escondido en un zaguán, y me vió salir corriendo de la barbería y á la vieja tras de mí con el cuchillo: que yo pasé por el mismo zaguán

donde estaba, y á poco de que la vieja se metió á su casa, corrió á alcanzarme; pero que no le fué posible: y no lo dudo, ¡tal corría yo cuando me espoleaba el miedo!

Díjome tambien Andrés, que él se fué á su casa y contó todo el pasaje: que su padrastro lo regañó y lo golpeó mucho, y despues lo llevó con una corma á casa de D. Agustin: que la maldita vieja cuando vió que yo no parecia, se vengó con él levantándole tantos testimonios que se irritó el maestro demasiado y dispuso darle un novenario de azotes, como lo verificó, poniéndolo en los nueve dias hecho una lástima, así por los muchos y crueles azotes que le dió, como por los ayunos que le hicieron sufrir al traspaso: que así se vengó á su satisfaccion la inicua vieja, lo puso en libertad quitándole la corma, echándole su buen sermón, y concluyendo con aquello de «cuidado con otra;» pero que él luégo que tuvo ocasion, se huyó de la casa con ánimo de salirse de México; y para esto se andaba en los mesones pidiendo un bocadito y esperando coyuntura de marcharse con el primero que encontrase.

Acabó Andrés de contarme todo esto mientras comió, y yo le disfracé mis aventuras haciéndole creer que me habia acabado de examinar en medicina: que ya le habia insinuado que queria salir de esta ciudad; y así que me lo llevaria de buena gana, dándole de comer y haciéndolo pasar por barbero en caso de que no lo hubiera en el pueblo de nuestra ubicacion.

Pero señor, decia Andrés, todo está muy bien; pero si yo apenas sé afeitar un perro, ¿cómo me

arriesgaré á meterme á lo que no entiendo! Cállate, le dije, no seas cobarde: sábete que *audaces fortuna juvat, timidusque repellit*. . . ¿Qué dice vd. señor, que no lo entiendo! Que á los atrevidos, le respondi, favorece la fortuna y á los cobardes los desecha; y así no hay que desmayar; tú serás tan barbero en un mes que estés en mi compañía, como yo fuí médico en el poco tiempo que estuve con mi maestro, á quien no sé bien cuánto le debo á esta hora.

Admirado me escuchaba Andrés, y mas lo estaba al oirme disparar mis latinajos con frecuencia, pues no sabia que lo mejor que yo aprendí del Dr. Purgante fué su pedantismo y su modo de curar, *methodus medendi*.

En fin, dieron las tres de la tarde y me salí con Andrés al baratillo en donde compré un colchon, una cubierta de vaqueta para envolverlo, un baúl, una chupa negra y unos calzones verdes con sus correspondientes medias negras, zapatos, sombrero, chaleco encarnado, corbatin y un capotito para mi fámulo y barbero que iba á ser, á quien tambien le compré seis aavajas, una barba, un espejo, cuatro ventosas, dos lancetas, un trapo para paños, unas tijeras, una geringa grande y no sé que otras baratijas; siendo lo mas raro que en todo este ajuar apenas gasté veinte y siete ó veinte y ocho pesos. Ya se deja entender que todo ello estaba como del Baratillo; pero con todo eso, Andrés volvió al meson contentísimo.

Luégo que llegamos pagué al cargador y acomodamos en el baúl nuestras alhajas. En esta operacion vió Andrés que mi haber en plata efec-

tiva apenas llegaba á ocho diez y seis pesos. Entonces muy espantado me dijo: ¡ay señor! ¿Y qué, con ese dinero no mas nos hemos de ir? Sí, Andrés, le dije: ¿pues y qué, no alcanza? ¿Cómo ha de alcanzar, señor? ¿Pues y quién carga el baúl y el colchon de aquí á Tepeji, ó á Tula? ¿Qué comerán en el camino? ¿Y por fin, con qué nos mantenemos allí mientras que tomamos crédito? Ese dinero orita, orita se acaba, y yo no veo que vd. tenga ni ropa ni alhajas, ni cosa que lo valga que empear.

No dejaron de ponerme en cuidado las reflexiones de Andrés; pero ya para no acobardarlo mas, y ya porque me iba mucho en salir de México, yo tenia bien tragado que el médico me andaria buscando como á una aguja [por señas que cuando fuí al Baratillo, en un zaguan compré la mayor parte de los tiliches que dije] y temia que si me hallaba, iba yo á dar á la cárcel, y de consiguiente á poder de Chanfaina. Por esto con todo disimulo y pedanteria le dije á Andrés: no te apures hijo: *Deus providebit*. [1] No sé lo que vd. me dice, contestó Andrés; lo que sé es que con ese dinero no hay ni para empezar.

En estas pláticas estábamos cuando á cosa de las siete de la noche en el cuarto inmediato oí ruido de voces y pesos. Mandé á Andrés que fuera á espiar qué cosa era. El fué corriendo y volvió muy contento diciéndome: señor, señor, ¡qué bueno está el juego! ¿Pues qué, están jugando? Sí señor, dijo Andrés, están en el cuarto diez

1 Dios nos remediará.

ó doce payos jugando albures, pero ponen los chorizos de pesos.

Picóme la culebra, abrí el baúl, cogí seis pesos de los diez que tenia y le di la llave á Andrés diciéndole que la guardara, y que aunque se la pidiera y me matara no me la diera, pues iba á arriesgar aquellos seis pesos solamente, y si se perdian los cuatro que quedaban, no teniamos ni con que comer ni con que pagar el pesebre de la mula á otro día. Andrés un poco triste y desconfiado tomó la llave, y yo me fuí á entrometer en la rueda de los tahures.

No eran estos tan payos como yo los habia menester: estaban mas que medianamente instruidos en el arte de la baraja, y así fué preciso irme con tiento. Sin embargo, tuve la fortuna de ganarles cosa de veinte y cinco pesos, con los que me salí muy contento, y hallé á Andrés durmiendo sentado.

Lo desperté y le mostré la ganancia, la que guardó muy plentero contándome como ya tenia el viage dispuesto y todo corriente; porque abajo estaban unós mozos de Tula que habian traído un colegial y se iban de vacio: que con ellos habia propalado el viage, y aun se habia determinado á ajustarlo en cuatro pesos, y que solo esperaban los mozos que yo confirmara el ajuste. ¿Pues no lo he de confirmar, hijo, le dije á Andrés? Anda y llama á esos mozos ahora mismo.

Bajó Andrés como un rayo y subió luego, luego con los mozos, con quienes quedé en que me habian de dar una mula para mi avío y una bestia de silla para Andrés; todo lo que me ofrecie-

ron como tambien que habian de madrugar antes del alba, y se fueron á recoger.

A seguida mandé á mi criado que fuera á comprar una botella de aguardiente, queso, bizcochos y chorizos para otro dia; y mientras que él volvia, hice subir la cena.

No me cansaba yo de complacerme en mi determinacion de hacerme médico, viendo cuán bien se facilitaban todas las cosas, y al mismo tiempo daba gracias á Dios que me habia proporcionado un criado tan fiel, vivo y servicial como Andrecillo, quien en medio de estas contemplaciones fué entrando con el repuesto.

Cenamos los dos amigablemente, echamos un buen trago y nos fuimos á acostar temprano, para madrugar despertando á buena hora.

A las cuatro de la mañana ya estaban los mozos tocándonos la puerta. Nos levantamos y desayunamos mientras que los arrieros cargaban.

Luégo que se concluyó esta diligencia, pagué el gasto que habíamos hecho yo y mi mula, y nos pusimos en camino.

Yo no estaba acostumbrado á caminar, con esto me cansé pronto y no quise pasar de Ouautitlan, por más que los mozos me porfiaban que fu ramos á dormir á Tula.

Al segundo dia llegamos al dicho pueblo, y yo posé ó me hospedé en la casa de uno de los arrieros que era un pobre viejo sencillote y hombre de bien, á quien llamaban tío Bernabé, con el que me convine en pagar mi plato, el de Andres y el de mi mula, sirviéndole, por vía de gratificacion, de médico de cámara para toda su familia que

eran dos viejas, una su mujer y otra su hermana, dos hijos grandes y una hija pequeña como de doce años.

El pobre admitió muy contento, y cátenme vds. ya radicado en Tula y teniendo que mantener al maestro barbero, que así llamaremos á Andrés, á mí y á mi «macha;» que aunque no era mía, yo la nombraba por tal: bien que siempre que la miraba me parecia ver delante de mí al Dr. Purgante con su gran bata y birrete parado, que lanzando fuego por los ojos me decia: pícaro, vuélveme mi mula, mi gualdrapa, mi golilla, mi peluca, mis libros, mi capa y mi dinero, que nada es tuyo. Tan cierto es, hijos míos, aquel principio de derecho natural que nos dice: que en donde quiera que está la cosa clama por su dueño: *Ubicumque res est, pro domino suo clamat.* ¡Qué importa que el albacea se quede con la herencia de los menores porque estos no son capaces de reclamarla? ¡Qué, conque el usurero retenga los lucros? ¡Qué, conque el comerciante se engrandezca con las ganancias ilícitas? ¡Ni qué, conque otros muchos valiéndose de su poder ó de la ignorancia de los demás, disfruten procazmente de los bienes que les usurpan? Jamás los gozarán sin zozobras, ni por mas que disimulen podrán acallar su conciencia que incensantemente les gritará: esto no es tuyo, esto es mal habido; restitúyelo ó perecerás eternamente.

Así me sucedia con lo que le hurté á mi pobre amo; pero como los remordimientos interiores rara vez se conocen en la cara, procuré asentar mi conducta de buen médico en aquel pueblo, pro-

metiendo interiormente restituírle al doctor todos sus muebles en cuanto tuviera proporcion. Bien que en esto no hacia yo mas que ir con la corriente.

Como no se me habian olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, á los dos dias luego que descansé, me informé de quiénes eran los sujetos principales del pueblo tales como el cura y sus vicarios; el subdelegado y su director, el alcahalero, el administrador de correos, tal cual tendero y otros señores decentes; y á todos ellos envié recado con el bueno de mi patron y Andrés, ofreciéndoles mi persona é inutilidad.

Con la mayor satisfaccion recibieron todos la noticia correspondiendo corteses mi cumplimiento, y haciéndome mis visitas de estilo, las que yo tambien les hice de noche vestido de ceremonia, quiero decir, con mi capa de golilla, la golilla misma y mi peluca encasquetada porque no tenia trage mejor ni peor; siendo lo mas ridiculo, que mis medias eran blancas; todo el vestido de color y los zapatos abotinados, con lo que parecia mas bien alguacil que médico, y para realzar mejor el cuadro de mi ridiculez, hice andar conmigo á Andrés con el trage que le compré, que os acordareis que era chupa y medias negras; calzónes verdes, chaleco encarnado, sombrero blanco y su capotillo azul ralon y remendado.

Ya los señores principales me habian visitado, segun dije, y habian formado de mí el concepto que quisieron; pero no me habian visto el comun del pueblo vestido de punta en blanco ni acom-

pañado de mi escudero; mas el domingo que me presenté en la Iglesia vestido á mi modo el tre médico y corchete, y Andrés entró tordo y perico, fué increíble la distraccion del pu'b'o, y creo que nadie oyó misa por mirarnos; unos burlándose de nuestras extravagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trages. Lo cierto es que cuando volví á mi posada fui acompañado de una multitud de muchachos, mujeres, indios, indias y pobres rancheros que no cesaban de preguntar á Andrés ¡quiénes éramos! Y él muy mesurado les decia: éste señor es mi amo, se llama el señor Dr. D. Pedro Sarmiento, y médico como él, no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo; me llamo Andrés Cascajo y soy maestro barbero, y muy capaz de at-itar á un capon, de sacarle sangre á un muerto, y desquijatar á un leon si se trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran á mis espaldas; porque yo afuer de amo no iba lado á lado con Andrés, sino por delante muy gravadoso y presumido escuchando mis elogios; pero por poco me hecho á reir á dos carrillos cuando oí los despropósitos de Andrés; y advertí la seriedad con que los decia, y la sencillez de los muchachos y gente pobre que nos seguia colgados de la lengua de mi lacayo.

Llegamos á la casa entre la admiracion de nuestra comitiva, á la que despidió el tio Bernalbé con buen modo diciéndoles que sabian donde vivia el señor doctor para cuando se les ofreciera. Con esto se fueron retirando todos á sus casas y nos dejaron en paz.

De los medicillos que me sobraron compré por medio el patron unas cuantas varas de pontiví y me hice una camisa y otra ó Andrés, dándole la vieja casi el resto para que nos dieran de comer algunos dias, sin embargo del primer ajuste.

Como en los pueblos son muy noveleros lo mismo que en las ciudades, al momento corrió por toda aquella comarca la noticia de que habia médico y barbero en la cabecera, y de todas partes iban á consultarme sobre sus enfermedades.

Por fortuna los primeros que me consultaron fueron de aquellos que sanan aunque no se curen pues les bastan los auxilios de la sabia naturaleza, y otros padecian porque no querian ó no sabian sujetarse á la dieta que les interesaba. Sea como fuere, ellos sanaron con lo que les ordené, y en cada uno labré un clarín á mi fama.

A los quince ó veinte dias ya yo no me entendia de enfermos, especialmente indios, los que nunca venian con las manos vacias, sino cargando gallinas, frutas, huevos, verduras, quesos, y cuanto los pobres encontraban. De suerte que el tio Bernabé y sus viejas estaban contentísimos con su huésped. Yo y Andrés no estábamos tristes; pero mas quisiéramos monedas; sin embargo de que Andrés estaba mejor que yo, pues los domingos desollaba indios á medio real que era una gloria, llegando á tal grado su atrevimiento, que una vez arriesgó á sangrar á uno y por accidente quedó bien. Ello es que con lo poco que habia visto y el ejercicio que tuvo se agilitó la mano en términos que un dia me dijo: hora sí, señor,

ya no tengo miedo, y soy capaz de afeitár al «Sursum-corda».

Volaba mi fama de dia en dia; pero lo que me encumbró á los cuernos de la luna fué una curacion que hice (tambien de accidente como Andrés) con el alcablero para quien una noche me llamaron á toda prisa.

Fuí corriendo, y encomendándome á Dios para que me sacara con bien de aquel trance, del que no sin razon pensaba que pendia mi felicidad.

Llevé conmigo á Andrés con todos sus instrumentos, encargándole en voz baja, porque no lo oyera el mozo, que no tuviera miedo como yo no lo tenia; que para el caso de matar á un enfermo lo mismo tenia que fuera indio que español, y que nadie llevaba su pelea mas segura que nosotros; pues si el alcablero sanaba nos pagarian bien y se aseguraria nuestra fama; y si se moria, como de nuestra habilidad se podia esperar, con decir que ya estaba de Dios y que se le habia llegado su hora, estábamos del otro lado, sin que hubiera quien nos acusara del homicidio.

En estas pláticas llegamos á la casa que la llamamos hecha una Babilonia; porque unos entraban, otros salian, otros lloraban y todos estaban aturdidos.

A este tiempo llegó el señor cura y el padre vicario con los santos oleos. Malo, dijo Andrés; esta es enfermedad ejecutiva. Aquí no hay medio ó quedamos bien ó quedamos mal. Vamos á ver cómo nos sale este albur.

Entramos todos juntos á la recámara y vimos

al enfermo tirado boca arriba en la cama privado de sentidos, cerrado los ojos, la boca abierta, el semblante denegrido y con los síntomas de un apoplético.

Luégo que me vieron junto á la cama la señora su esposa y sus niñas, se rodearon de mí y me preguntaron hechas un mar de lágrimas: ¡ay señor! ¿qué dice vd., se muere mi padre? Yo afectando mucha serenidad de espíritu y con una confianza de un profeta les respondí: callen ustedes, niñas, ¡qué se ha de morir! estas son efervescencias del humor sanguíneo que oprimiendo los ventrículos del corazón, embargan el cerebro por que cargan con el *pondus* de la sangre sobre la espina medular y la trachíarteria; pero todo esto se quitará en un instante, pues *si evacuatio fit recedet plethora*, «con la evacuacion nos libraremos de la plétora.»

Las señoras me escuchaban atónitas, y el cura no se cansaba de mirarme de hito en hito, sin duda mofándose de mis desatinos, los que interrumpió diciendo: señoras, los remedios espirituales nunca dañan ni se oponen á los temporales. Bueno será absolver á mi amigo por la bula y leerlo, y obre Dios.

Señor cura, dije yo con toda la pedantería que acostumbraba, que era tal que no parecía sino que la había aprendido con escritura; señor cura vd. dice bien, y yo no soy capaz de introducir un hoz en mies ajena; pero *venia tanti*, digo que esos remedios espirituales no sólo son buenos, sino *no necesarios necessitate medií y necessitati pra-*

cepti in articulo mortis: (1) sed sic est que no estamos en ese caso; ergo, etc.

El cura, que era harto prudente é instruido no quiso hacer alto en mis charlatanerías, y así me contestò: señor doctor, el caso en que estamos no da lugar á argumentos, porque el tiempo urge; yo sé mi obligacion y esto importa.

Decir esto y comenzar á absolver al enfermo y el vicario á aplicarle el santo sacramento de la unción, todo fué uno. Los dolientes, como si aquellos socorros espirituales fueran el fallo cierto de la muerte de su deudo, comenzaron á aturdir la casa á gritos; luégo que los señores eclesiásticos concluyeron sus funciones, se retiraron á otra pieza cediéndome el campo y el enfermo.

Inmediatamente me acerqué á la cama, le tomé el pulso, miré á las vigas del techo por largo rato, despues tome el otro pulso haciendo mil monerías, como eran, arquear las cejas, arrugar la nariz, mirar al suelo, moderme los labios, mover la cabeza á uno y á otro lado y hacer cuantas mudanzas pantomímicas me parecían oportunas para aturdir á aquellas pobres gentes, que puestos los ojos en mí, guardaban un profundo silencio teniéndome sin duda por un segundo Hipócrates; á lo ménos esa fué mi intencion, como tambien ponderar el gravísimo riesgo del enfermo y lo difícil de la curacion, arrepentido de haberles dicho que no era cosa de cuidado.

Acabada la tocada del pulso, le miré el semblante

1 Como medio necesario para la salvacion y por la obligacion de cumplir el precepto en artículo de muerte. Pero es así que etc.

atentamente, le hice abrir la boca con una cuchara para verle la lengua, le alcé los párpados, le toqué el vientre y los piés é hice dos mil preguntas á los asistentes sin acabar de ordenar ninguna cosa, hasta que la señora, que ya no podia sufrir mi cachaza, me dijo: por fin, señor, que dice vd. de mi marido ¿es de vida ó de muerte?

Señora, le dije: no sé de lo que será; solo Dios puede decir que es de vida y resurreccion como lo fué *Lazarum quem resuscitavit á monumento foetidum*. (1) y si lo dice, vivirá aunque esté muerto. *Ego sum resurrectio et vita, qui credidit in me, etiam si mortuus fuerit vivet*. (2) ¡Ay Jesus! gritó una de las niñas, ya se murió mi padrecito.

Como ella estaba junto del enfermo, su grito fué tan extraño y doloroso y cayó privada de la silla, pensamos todos que en realidad habia espirado, y nos rodeamos de la cama.

El señor cura y el vicario al oír la bulla entraron corriendo y no sabian á quién atender, si al apoplético ó á la hística, pues ambos estaban privados. La señora ya medio colérica me dijo: déjese vd. de latines, y vea si cura ó no cura á mi marido. ¡Para qué me dijo cuando entró, que no era cosa de cuidado y me aseguró que no se moria? Yo lo hice, señora, por no afligir á vd. le dije; pero no habia examinado al enfermo *methodice vel juxta artis nostras pracepta*, uesto es,

1 Resucitó á Lázaro ya corrompido del sepulcro.—E.

2 Yo soy la resurreccion y la vida, y el que cree en mí vivirá aunque ya esté muerto.—E.

con método ó segun las reglas del arte; pero encomiéndese vd. á Dios y vamos á ver.

Primeramente que se ponga una olla grande de agua á calentar. Eso sobra, dijo la cocinera. Pues bien, maestro Andrés, continué yo; vd. como buen flebotomiano dele luego, luego un par de sangrias de la vena cava.

Andrés aunque con miedo y sabiendo tanto como yo de venas cavas, le ligó los brazos y le dió dos piquetes que parecian puñaladas, con cuyo auxilio al cabo de haberse llenado dos porcelanas de sangre, cuya profusion escandalizaba á los espectadores, abrió los ojos el enfermo, y comenzó á conocer á los circunstantes y á hablarles.

Inmediatamente hice que Andrés alojara las vendas y cejara la cisura, lo que no costó poco trabajo, ¡tales fueron de prolongadas!

Despues hice que se le untase vino blanco en el cerebro y pulsos, que se le confortara el estómago por dentro con atole de huevos y por fuera con una tortilla de los mismos, condimentada con aceite rosado, vino, culantro y cuantas porquerias se me antojaron; encargando mucho que no lo resupinara.

¿Qué es eso de resupinar, señor doctor? preguntó la señora, y el cura sonriéndose le dijo: que no lo tungan boca arriba. Pues tatita, por Dios, siguió la matrona, hablemos en lengua que nos entendamos como la gente.

A ese tiempo ya la niña habia vuelto de su desmayo y estaba en la conversacion; y luego que oyó á su madre, dijo: sí, señor, mi madre dice muy bien: sapa vd. que por eso me privé ende-

nantes, porque como empezó á rezar aquello que los padres les cantan á los muertos cuando los entierran, pensé que ya se habia muerto mi padrecito y que vd. le cantaba la vigilia.

Rióse el cura de gana por la sencillez de la niña y los demás lo acompañaron; pues ya todos estaban contentos al ver al señor alcabalero fuera de riesgo, tomando su atole y platicando muy sereno como uno de tantos.

Le prescribí su régimen para los dias sucesivos, ofreciéndome á continuar su curacion hasta que estuviera enteramente bueno.

Me dieron las gracias, y al despedirme la señora me puso en la mano una onza de oro, que yo la juzgué peso en aquel acto, y me daba al diablo de ver mi acierto tan mal pagado; y así se lo iba diciendo á Andrés, el que me dijo; no señor, no puede ser plata, sobre que á mí me dieron cuatro pesos. En efecto, dices bien, le contesté, y acelerando el paso llegamos á la casa donde ví que era una onza de oro amarillo como un azafrán refino.

No es creible el gusto que yo tenia con mi onza, no tanto por lo que ella valia, cuanto porque habia sido el primer premio considerable de mi habilidad médica, y el acierto pasado me proporcionaba muchos créditos futuros como sucedió. Andrés tambien estaba muy placentero con sus cuatro duros aun mas que con su destreza; pero yo mas hueco que un calabazo le dije: ¿qué te parece, Andresillo? ¿Hay facultad mas fácil de ejercitar que la medicina? No en balde dice el refran que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco; pues si á este poco se junta un sí es no de

estudio y aplicacion, ya tenemos un médico consumado. Así lo has visto en la famosa curacion que hice en el alcabalero, quien si por mí no fuera, á la hora de esta ya habria estacado la zalea.

En efecto, yo soy capaz de dar lecciones de medicina al mismo Galeno amasado con Hipócrates y Avicena, y tú tambien las puedes dar en tu facultad al protosangrador del universo.

Andrés me escuchaba con atencion, y luego que hice punto, me dijo: señor, como no sea todo en su merced y en mi «chiripa», [1] no estamos muy mal. ¿Qué llamas «chiripa?» le pregunté: y el muy socarron me respondió: pues «chiripa» llamo yo una cosa así como que no vuelva vd. á hacer otra cura ni yo á dar otra sangría mejor. A lo menos yo por lo que hace á mí estoy seguro de que quedé bien de «chiripa», que por lo que mira á su merced no será así, sino que sabrá su obligacion.

Y cómo que la sé, le dije: ¿pues y qué te parece que esta es la primera zorra que desuello? Que me echen apopléticos á miles á ver si no los levanto «en el momento», *ipso facto*, y no digo apopléticos, sino lazarinicos, tifosicos, gálicos, gotosicos, parturientas, tabardillentos, rabiosos y cuantos enfermos hay en el mundo. Tú tambien lo haces con primor; pero es menester que no corras tanto los dedos ni profundices la lanceta, no sea que vayas á trasvenar á alguno, y por lo demás no tengas cuidado, que tú saldrás á mi

1. Voz que se usaba en los trucos y despues en el juego del billar, para dar á entender que un lance salió bien por casualidad, y no por destreza del jugador.—E.

lado no digo barbero, sino médico, cirujano, químico, botánico, alquimista, y si me das gusto y sirves bien, saldrás hasta astrólogo y nigromántico.

Dios lo haga así, dijo Andrés, para que tenga que comer toda mi vida y para mantener mi familia, que va estoy rubiando por casarme.

En estas pláticas nos quedamos dormidos, y al día siguiente fui á visitar á mi enfermo que ya estaba tan aliviado que me pagó un peso y me dijo, que ya no me molestara: que si se ofrecia algo, me mandarian llamar, porque este es el modo de despedir á los médicos pegostes, ó pegados en las cosas por las pasetas.

Como lo pensé sucedió. Luégo que se supo entre los pobres el feliz éxito del alcaballero en mis manos, comenzó el vulgo á celebrarme y recomendarme á boca llena, porque decian: pues los señores principales lo llaman, sin duda es un médico de lo que no hay. Lo mejor era que tambien los sugetos distinguidos se clavaron y no me escaseaban sus elogios.

Solo el cura no me tragaba; antes decia al subdelegado, al administrador de correos, y á otros, que yo seria buen médico; pero que él no lo creia porque era muy pedante y charlatan, y quien tenia estas circunstancias, ó era muy necio ó muy pícaro, y de ninguna manera habia que fiar de él, fuera médico, teólogo, abogado ó cualquier cosa. El subdelegado se empeñaba en defenderme diciendo: que era natural á cada uno explicarse con los términos de su facultad, y esto no debia llamarse pedantismo.

Yo convengo en eso, decia el cura, pero haciendo distincion de los lugares y personas con quienes se habla; porque si yo predicando sobre la observancia del séptimo precepto, por ejemplo, repito, sin explicacion las voces, de enfiteusis, hipotecas, constitutos, precarios, usuras paliadas, pactos, retrovendiciones y demás, seguramente que seré un pedante, pues debo conocer que en este pueblo apenas habrá dos que me entiendan; y así debo explicarme, como lo hago, en unos términos claros que todos los comprendan; y sobre todo, señor subdelegado, si vd. quiere ver como ese médico es un ignorante, disponga que nos juntemos una noche acá con pretexto de una tertulia, y le prometo que lo oirá disparatar alegremente.

Así lo harémos, dijo el subdelegado; pero ¿y qué dirémos de la curacion que hizo la otra noche? Yo diré sin escrúpulo, respondió el cura, que esa fué casualidad y el huevo juanelo. —¿Es posible? —Sí, señor subdelegado: ¿no ve vd. que la gordura y robustez del enfermo, la dureza de su pulso, lo denegrado de su semblante, el adormecimiento de sus sentidos, la respiracion agitada y todos sus síntomas que se le advertian indicaban la sangría? Pues ese remedio lo hubiera dictado la vieja mas idiota de mi feligresia.

Pues bien, dijo el subdelegado, yo deseo oir una conversacion sobre la medicina entre vd. y él. La aplazarémos para el 25 de éste. Está muy bien, contestó el cura, y hablaron de otra cosa.

Esta conversacion ó á lo menos su sustancia me la refirió un mozo que tenia el dicho subdele-

gado, á quien habia yo curado de una indigestion sin llevarle nada; porque el pobre me grangeaba contándome lo que oia hablar de mi en la casa de su amo.

Yo le dí las gracias, y me dediqué á estudiar en mis librecos para que no me cogiera el acto desprevénido.

En este intermedio me llamaron una noche para la casa de D. Ciriacó Redondo, el tendero mas rico que habia en el pueblo, quien estaba acabando de cólico. Coje la jeringa, le dije á Andrés, por lo que sucediere, que esta es otra aventura como la de la otra noche. Dios nos saque con bien.

Tomó Andrés su jeringa y nos fuimos para la casa, que la hallamos como la del alcablero de revuelta; pero habia la ventaja de que el enfermo hablaba.

Le hice mil preguntas pedantescas, porque yo las hacia á miles, y por ellas me informé de que era muy goloso, y se habia dado una atrancada del demonio.

Mandé cocer malvas con jabon y miel, y ya que estuvo esta diligencia practicada, le hice tomar una buena porcion por la boca, á lo que el miserable se resistia y sus deudos, diciéndome que eso no era vomitorio, sino ayuda. Tómela vd. señor, le decía yo muy enfadado: ¿no ve que si es ayuda, como dice, ayuda es tomada por la boca y por todas partes! Así pues, señor mio, ó tomar el remedio ó morirse.

El triste enfermo bebió la asquerosa pocion con tanto asco, que con él tuvo para volver la mitad

de las entrañas; pero se fatigó demasiado, y como el infarto estaba en los intestinos, no se le aliviaba el dolor.

Entonces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. En mi vida, dijo el enfermo, en mi vida me han andado por ahí. Pues amigo, le respondí, en su vida se habrá visto mas apurado, ni yo en la mia ni en los años que tengo de médico, he visto cólico mas renuente; porque sin duda el humor es muy denso y glutinoso; pero hermano mio, el clister importa, el clister, no menos que «como la salud única á los vencidos, y si no, no hay que esperar mas; «porque una *salus victis nullam sperate salutem*; y así, así con el medicamento que prescribe no sana, ocurrirémos á la lanceta abriendo los intestinos, y después cauterizándolos con una plancha ardiendo; y si estas diligencias no valen, no queda mas que hacer que pagar al cura los derechos del entierro, porque la enfermedad es incurable,» segun Hipócrates, «ubi medicamentum non sanat, ferrum sanat; ubi ferrum non sanat, ignis sanat; ubi ignis non sanat, incurabile morbus.

Pues señor, dijo el paciente, haciéndole bajo sus parientes: que se eche la lavativa si en eso consiste mi salud. «Amén dico vobis contesté, é inmediatamente mandé que se salieran todos de la recámara por la honestidad, menos la esposa del enfermo. Llenó Andrés su jeringa y se puso á la operacion; pero ¡qué Andrés tan tonto para esto de echar ayudas! Imposible fué que hiciera nada bueno. Toda la derramaba en la cama, lastimaba al enfermo y nada se hacia de provecho,

hasta que yo, enfadado de su torpeza, me determiné á aplicar el remedio por mi mano, aunque jamas me habia visto en semejante operacion.

Sin embargo, olvidándome de mi ineptitud, cogí la geringa, la llené del cocimiento, y con la mayor decencia le introduje el cañoncillo por el ano; pero fuérase por algun mas talento que yo tenia que Andrés, ó por la aprehension del enfermo que obraba á mi favor, iba recibiendo mas cocimiento, y yo lo animaba diciéndole: apriete vd. el resuello, hermano, y recíbala cuan caliente pueda, que en esto consiste su salud.

El atidigo enfermo hizo de su parte lo que pudo (que en esto consiste las mas veces el acierto de los mejores médicos,) y al cuarto de hora ó menos hizo una evacuacion copiosísima, como quien no habia desahogado el vientre en tres dias.

Inmediatamente se alivió, como dijo; pero no fué sino que sanó perfectamente, pues quitada la causa cesa el efecto.

Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fui á mi posada con Andrés, á quien en el camino le dije: mira que me han dado doce pesos en la casa del mas rico del pueblo, y en la casa del alcabalero me dieron una onza; qué será mas rico ó mas liberal el alcabalero? Andrés, que era socarron, me respondió: en lo rico no me meto, pero en lo liberal, sin duda que lo es mas que D. Ciriaco Redondo.

¿Y en qué estará eso, Andrés? Le pregunté, porque el mas rico debe ser mas liberal. Yo no lo sé, dijo Andres, à no ser que sea porque los alca-

baleros cuando quieren, son mas ricos que nadie de los pueblos, porque ellos manejan los caudales del rey y las cuentas las hacen como quieren. No vé vd. que la alcabala que llaman de viento, proporciona uda cuenta inaveriguable? Suponga vd. del real ò dos que cobran por cada una de las cabezas que se matan en el pueblo, ya sea de toro ó vacas, ya de carneros ó cerdos, ¿quién les va hacer cuenta de esto? Suponga vd. las introducciones de cosas que no traen guías sino un simple pase por razon de su poco importe, como tambien los contrabanditos que se ofrecen, en los que se entra en composicion con el arriero, y por último aquellos picos de los granos que un alcabalero suben mucho al fin del año, pues si un real tiene doce granos y el arriero debe por la factura siete granos, se le cobra un real, y si entran mil arrieros se les cobra mil reales. Esto me contaba mi tio que fué alcabalero muchos años, y decia que las alcabalas del viento valian mas que los ajustes.

En esto llegamos á la posada: Andrés y yo cenamos muy contentos gratificando á los dueños de la casa, y nos acostamos á dormir.

Continuamos en bonanza como un mes, y en este tiempo proporcionó el subdelegado la sesion que queria el cura que tuviera yo con él; pero si quereis saber cual fué, leed el capítulo que sigue.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA CENTRAL

"ALFONSO BETES"

1925 MONTREY, MEXICO